

7

SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

SALAMANCA,

VERIFICADA EN 1.º DE OCTUBRE DE 1852,

BAJO LA PRESIDENCIA

DEL SEÑOR VICE-RECTOR

DE LA MISMA.



SALAMANCA:

En la Oficina de D. Bernardo Martin,
impresor de la Universidad , calle de Vera-Cruz,
NUM.º 11. AÑO 1852.



SOLIMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

SALAMANCA.

VERIFICADA EN 1.º DE OCTUBRE DE 1833

BAJO LA PRESIDENCIA

DE DON D. VICENTE VILLALBA

DE LA UNIVERSIDAD



SALAMANCA:

En la Oficina de D. Bernardo Huetos,
impresor de la Universidad, calle de Vera-Cruz,
NUM. 11. AÑO 1833.

ORACION

INAUGURAL,

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ESCOLAR
DE 1852 A 1853

pronunció
en la

UNIVERSIDAD LITERARIA
de Salamauca

el Doctor en Medicina y Cirujía

D. EUGENIO RIVERA,

CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA EN LA FACUL-
tad de Medicina de dicha
Universidad, y socio de
varias corpora-
ciones científicas.

ORACION

ACADEMICA

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA
DE LOS CURSOS ACADÉMICOS
DE 1882 A 1883

pronunció
en la

UNIVERSIDAD LITERARIA

de Salamanca

el Doctor en Medicina y Cirugía

D. EUGENIO RIVERA

CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA EN LA FACULTAD

de Medicina de dicha

Universidad, y socio de

varias corpora-

ciones científicas.

Ilustrísimo Señor:

E INMOVIDO por efecto de distintas sensaciones tengo la alta honra de dirigir hoy mi voz á una reunion de personas distinguidas. Si puede lisongear mi amor propio la idea de verme ocupando en este instante, en una Universidad tan antigua y tan justamente celebrada, el puesto que continuamente ocuparon ilustres sabios y afamados profesores, me atemoriza y perturba la del conocimiento de mis débiles fuerzas, y la evidente certeza de que hablo ante un público ilustrado. Mas de una vez ha detenido mi pluma esta última consideracion, y hubiera sido eficaz para hacerme renunciar este honroso deber, sino creyera que mis faltas han de hallar disculpa en la cortesía, cultura é indulgente generosidad de los Señores que tienen la dignacion de oirme. Ni ha dejado de ser objeto de dudas y serias meditaciones la eleccion de la materia sobre que hubiera de disertar; pues con el deseo de hablar al teólogo, al jurisconsulto, al médico, al filósofo, luchaba

la dificultad de discurrir con mediano acierto sobre tantas y tan varias ciencias quien solo profesa una de ellas, y aun en su misma especialidad se reconoce muy inferior á los que tienen la bondad de escucharlo. Mas este inconveniente me parece al fin allanado, habiendo resuelto tratar *del influjo que las ciencias han egercido constantemente en el desarrollo de la civilizacion de los pueblos, asi como que ellas deben su mayor incremento al ausilio poderoso de la religion*. La amplitud de esta tesis comprende en su ancha esfera todos los ramos del saber humano; y por eso la he escogido como tema de un discurso que ha de ser pronunciado ante la reunion de profesores diversos en la materia á que aplican sus estudios especiales; si bien idénticos en ilustracion, y en conocimientos generales de todas las ciencias.

Sin pararme á investigar el origen, causas y progresos de la civilizacion indiana de que tan pasmosos testimonios nos suministran los arruinados monumentos de Barbec, Palmira y otras ciudades de esta célebre region de la tierra, recogeré las pruebas de mi proposicion en la historia de otros pueblos antiguos, que aunque sumergidos hoy en la mas profunda ignorancia, fueron no obstante en aquellas remotas edades modelos de sabiduría, al mismo tiempo que encerraban en mas ó menos dilatada escala el núcleo precioso de las ciencias; por manera que las verémos constantemente ser compañeras inseparables del adelanto y de la cultura, cuando nó su sola y única causa.

Con efecto, si consideramos atentamente la historia de la casi inmemorial monarquía de Egipto, desde luego advertiremos en sus distintos periodos, y en la transformacion increíble, pero manifiesta de sus costumbres é instituciones, cuál y cuán portentoso es el predominio del saber entre los hombres. Esa historia antiquísima y famosa nos representa al pueblo egipcio cual una nacion gobernada por las formas despóticas, sin cultu-

ra, sin artes, sin nocion alguna de las ciencias, ni aun del arte de gobernar: y ésto hasta tal punto que las predicciones del hebreo y esclavo José, hijo de Jacob, salvaron el reino de la calamidad espantosa del hambre; cuyo beneficio se reputó digno de la mas ilimitada recompensa, y así aquel desgraciado é inocente hijo del profeta fué elevado desde las prisiones á la dignidad de ministro. A esta prueba de la ignorancia en que se vió sumida la nacion egipcia, durante sus primitivos tiempos, podemos añadir otra no menos convincente; y es la dominacion de los Iesos ó pastores, pueblo salvaje y nómada, pero que con todo eso subyugó la mayor parte del Egipto durante varios siglos; porque á los egipcios, ignorantes del arte de la guerra, sin entusiasmo ni valor ni aun para defender sus hogares, degradados y embrutecidos por el cruel despotismo de sus reyes, les faltó el denuedo y la perseverancia para resistir á un puñado de hombres valerosos, que confiados en su fortuna y bizarria, aspiraron con feliz éxito á enseñorearse de una de las mas hermosas regiones de la tierra. Este cuadro de humillacion y de afrenta se transforma despues á medida que las ciencias, y con ellas la civilizacion su compañera inseparable, penetran en el Egipto al impulso de varias causas cuya referencia creo conveniente esponer. La vida pastoril y errante de los Iesos les hizo conocer los primeros rudimentos de la astronomía; y establecidos en el Egipto, esparcieron por todo el pais esa ciencia tan vasta y fecunda en aplicaciones. Tal fué el origen de la fama que no sin justicia adquirieron como astrónomos; pero aun no está trazado el cuadro completo de todos sus progresos. Confundidos los límites de los terrenos situados en las márgenes del Nilo por las frecuentes inundaciones de este rio caudaloso, se conoció la necesidad de deslindar con exactitud y de una manera estable, los confines de los predios, y empezó á estar

en uso la agrimensura, arte fácil; pero que con todo eso requiere nociones indispensables de las ciencias matemáticas. De aquí provino que los egipcios se aplicáran al estudio de estas ciencias, en las cuales llegaron despues á hacer grandes progresos. Y no solo esto, sino que establecidos en el pais los hebreos pueblo culto, como iniciado en los misterios y máximas de la verdadera religion, y que ademas estaba gobernado por un régimen benéfico y patriarcal, influyeron en las costumbres de los egipcios, sacándolos de su innata rudeza, inspirándoles amor á la independencia, y un ódio profundo á la dominacion de los Icsos. Desde entonces empezó el período de la reconquista, completada felizmente por el gran rey Sesostris, que no contento con lanzar de todo el pais á sus insolentes dominadores, tomó la ofensiva contra las naciones comarcanas, y estendió su dominacion hasta la India mas allá del Ganges.

Henos ya en una época de verdadera gloria y grandeza para el Egipto, pues aquel rey, no solo aseguró y consolidó su independencia, sino que utilizando en provecho del reino los innumerables brazos sometidos por la fuerza de las armas, emprendió y concluyó la construccion de esos colosales y magníficos monumentos, que preservados de la asoladora mano del tiempo, son hoy la admiracion de las generaciones presentes. Pero todavía, á pesar de tan rápidos y extraordinarios adelantos, permanecian encerradas, y por decirlo así, aprisionadas en un estrecho círculo la civilizacion y la ciencia de los egipcios; porque aislados de los demas pueblos, sin comunicacion ni roce alguno con ellos, y mirando á los demas como bárbaros y enemigos, les era de todo punto imposible el recibir nuevos elementos civilizadores, mejorar sus costumbres, y perfeccionar sus viciosas instituciones políticas y sociales. Mas un acontecimiento imprevisto y casual en apariencia, pero combinado sin

duda por el que rige los destinos de la humanidad, vino á sacarlos de su lastimoso aislamiento; y así abiertos sus magníficos puertos al comercio de los estrangeros, recibieron extraordinario impulso las ciencias, las artes, la navegacion y la cultura. Con este suceso (hablo de la revolucion de Sanmético) coinciden sus aventuradas empresas marítimas por todo el litoral del mediterráneo, el establecimiento de colonias egipcias en la Grecia, y principalmente los progresos que aquel pueblo hizo en los estudios filosoficos, acomodándolos á los principios de Pytágoras, y admitiendo como dogma moral la metempsicosis en lugar de las degradantes y absurdas máximas que profesaba con respecto al futuro destino del hombre. Desde entonces (y ésto era una consecuencia precisa de tan inesperada transformacion) se templó la irracional tiranía de los reyes de Egipto, desapareció ó se modificó el absurdo sistema de las castas, y aquellos naturales ilustrados hasta el punto que lo permitia su antiguo orden de cosas, fueron, en vez de un pueblo inútil para los progresos de la humanidad, un elemento civilizador y al que debe el mundo sus primeros adelantos.

De ellos, de sus aliados los fenicios, y de otros pueblos del Asia recibió la Grecia los gérmenes de la grandiosa cultura á que llegó este pueblo admirable en las páginas de la historia. Con efecto, los Griegos, divididos por disensiones intestinas, á merced de los enemigos que amenazaban su independencia, aislados absolutamente por la disposicion del terreno que impedia la comunicacion de unos pueblos con otros, hubieran permanecido perpetuamente en su primitiva barbarie, sin ofrecer á la humanidad otros ejemplos de moralidad que las brutales héroicidades de los titanes, gigantes, ciclopes, y de los demas personajes fabulosos, si las colonias de Erectéo, Cíclope, Cadmo, Teséo no hubieran templado el carácter rudo é indomable de

de aquel pueblo célebre, inspirándole costumbres mas sociales con el establecimiento de la propiedad y de las ceremonias religiosas, facilitándole el cultivo del entendimiento con la introduccion de la escritura alfabética; y sobre todo, proporcionándole elementos de futura grandeza, á la cual vimos despues encaminarse indistintamente las diversas ciudades de la Grecia, segun lo permitian sus circunstancias particulares, en las artes, en el comercio y en la navegacion. Todo fué desde entonces entre los griegos progreso increíble: despertóse en ellos el espíritu emprendedor; adquirió gran vuelo su imaginacion; y conmovido su espíritu con los modelos de Homero, con la poesía de Safo, con los ejemplos morales de Sófocles y de Tucídides, sacudieron el pesado yugo de la opresion á que habian estado sujetos luego que el desastroso éxito de la guerra de Troya, las maldades é infortunios de la familia de Pélope y las desventuras de los sagrados descendientes de los Heráclidas, les proporcionaron ocasion oportuna de recobrar su libertad. Pero si á favor de ella lograron los griegos revestirse de un espíritu heroico y verdaderamente grandioso, esta ventaja individual ocasionaba profundas discordias intestinas, que trastornaban hasta en sus cimientos el orden social, y colocaban á las ciudades en el peligro inminente de una ruina cierta é inevitable. La necesidad de salvarlos fué otro motivo regenerador para los griegos; porque desde que se sintió empezaron á cultivarse la ciencia del gobierno, la moral que es la base mas sólida de los estados y los demas conocimientos que están ligados con aquella. Viéronse entonces aparecer legisladores tan eminentes y esclarecidos como Mios, Solón, Licurgo y Pisistrato; consumados oradores como Simon, Pericles, Demóstenes y Esquino; filósofos moralistas como Pitágoras, Epicuro y Platón; médicos afamados como Galeno é Hipócrates; guerreros valerosos é invencibles co-

mo Milciades, Temístocles, Alcibiades, Conón, Bracidas, Nicias y Arato; historiadores como Tucídides y Genofonte; artistas como Apeles, Fidias y Polignoto. Todas las ciencias, todas las artes, todo cuanto la imaginación del hombre es capaz de producir, tuvieron modelos inimitables en la culta Grecia; y principalmente en las ciudades de Atenas y Corinto, maravillas en aquellos siglos de los pueblos del mundo.

¿Qué destino fatal, pregunto yo ahora (absorto al contemplar conjunto de grandeza y de saber tan extraordinario) sumergió en la nada esas ciudades célebres, borrando, cual si fuesen una mera sombra, hasta los mas débiles vestigios de sus monumentos, de su cultura y de su ciencia? No temais, nó, que la destrucción de la Grecia, la de su sabiduría y de su civilización deje á la humanidad en las tinieblas de la ignorancia, antes al contrario por una combinación portentosa cuya explicación no hallaréis ciertamente en la filosofía pagana, sino en otras creencias reveladas por una autoridad infalible, veréis renacer de las cenizas de esa misma civilización otra mas estensa, mas conforme, mas adecuada para los progresos de la humanidad: veréis renacer la civilización romana, que en vez de estar encerrada en un pequeño espacio como la de los griegos, se extiende por el universo; que, en vez de contener elementos disolventes cual la primera en la diversidad de los ritos religiosos, propendía á la unidad de creencias; que, en vez de engrandecer al individuo degradando la especie segun acontecia en los pueblos de Grecia, perpetuaba el mérito de las buenas acciones, y conservaba las gerarquías sociales con el establecimiento del Patriciado; y que fué, por decirlo así, un término medio mas racional entre la civilización asiática y la griega, entre la absoluta unidad de la primera, y la indefinida diversidad de la segunda.

Roma, en efecto, con el principio de la asimilación de los

pueblos, con el sistema de las colonias esparcidas por todas las naciones que sus armas subyugaban, con la unidad establecida en las formas políticas luego que fué erigido el imperio, con la uniformidad de sus creencias religiosas, y hasta con el carácter de unidad que vemos impreso en su filosofía, puesto que entre los romanos solo prevalecieron de las innumerables sectas griegas la estoica y la ecléctica, imprimió á la civilizacion un aspecto enteramente nuevo y nunca visto en las anteriores edades. La filosofía, las ciencias, las artes, no estuvieron contenidas en la reducida esfera del Atenéo; y lo que es consiguiente, la cultura que estos ramos del humano saber difunden no se limitó á una sola ciudad, á un solo estado, sino que se esparció por el mundo hasta tal punto que la indomable España, esta nacion cuna del heroismo, esta nacion tan apegada á sus hábitos de independencia, esta nacion célebre en los fastos de la historia antigua por su fiero denuedo, despues de haber acarreado á Roma torrentes de sangre, despues de haber resistido su dominacion con un valor sin ejemplo, recibió al fin el yugo de sus opresores, y entró en la senda de la civilizacion, en la que hizo admirables progresos, cual lo atestiguan sus antiguos monumentos, la grandeza y esplendor de algunas de sus colonias, principalmente la llamada Mérita Augusta, capital de la Lusitania; y sobre todo el renombre de muchos de sus hijos, que fueron á la vez gloria de nuestra patria y honra de la humanidad, tales como Trajano, Adriano, Teodosio, Lúcio Cornelio, Balbo y el gaditano Columella.

Si á pesar de este ejemplo incontestable, aun se dudára de la universalidad de la civilizacion romana, el testimonio del Egipto postrado por las sucesivas dominaciones que sufrió de los asirios, de los persas, de los macedonios; destrozado por las crueles guerras civiles que asolaron el Asia despues de la muerte de

Alejandro, y que sin embargo volvió á florecer durante el reinado de los Toloméos, bajo el amparo de Roma, convenceria de la verdad de mi proposicion. Recordád, sino, la formacion de la famosa biblioteca de Alejandría, la acogida benéfica y humana que dieron los Toloméos á los desgraciados pero cultos judíos y fenicios : traéd á la memoria las empresas que éstos errantes espatriados llevaron á cabo en aquel pais hospitalario ; y no vacilaréis en creer que en el Egipto reinaron durante el periodo de cuya descripcion me ocupo, las artes, las ciencias y la mas perfecta cultura.

¿Pero á qué cansarme molestando la atencion de tan benévolo auditorio con la referencia de estos sucesos, si al cabo la universal dominacion de los romanos y su brillante y estendida ilustracion vinieron á perecer como todas las cosas é instituciones humanas, para que se cumpliese esa ley desconsoladora é inexorable que las sujeta á la muerte ? Yo no puedo recordar ni referir la destruccion de Roma y de su colosal poderío sin conmoverme hasta el punto de temer que los gemidos ahoguen mi voz : mas si la contémpcion de este memorable acontecimiento no puede menos de escitar amargos desengaños, porque nos sugiere la persuasion real y positiva de la inestabilidad de la fortuna y de las grandezas humanas, una idea consoladora viene á tranquilizar mi espíritu y á templar mi dolor, y es la de que con la caida de Roma, con la de su cultura, cayeron tambien y desaparecieron sus vicios, sus opresoras cadenas, su insoportable tiranía, para que tuviesen entrada con la única y verdadera religion costumbres mas morigeradas, instituciones políticas y sociales mas benéficas, ideas morales mas dignas del hombre que las que arraigó el paganismo de los antiguos. ¿Cómo, sinó, hubiera prevalecido la religion cristiana, y se habrian difundido por el mundo sus máximas santas sin el aniquilamiento del poder ro-

mano y del paganismo que lo sustentaba ? Véd aquí un desig-
nio visible de la Providencia. Véd confirmada la doctrina de los
que nunca hallan en los sucesos históricos una mera y fortuita
casualidad ; pues la Providencia, y no otra, fué la que permitió
que una religion nueva, austera en sus preceptos, contraria á
las creencias dominantes, que condenaba los vicios, en vez de
santificarlos, que consolaba á los desdichados, en vez de humi-
llarlos, que establecia la igualdad de condiciones, proscribiendo
la esclavitud, una religion sustentada por hombres desvalidos y
despreciados á los ojos del mundo, prevaleciese sobre las creen-
cias, sobre las preocupaciones, sobre los vicios é intereses rei-
nantes ¿Podría haberse efectuado este cambio prodigioso sin el
amparo de la divinidad, sin la proteccion del que puede con el
mas leve impulso aniquilar los imperios y trastornar la natu-
raleza ?

Contemplád ahora la revolucion mas admirable que han
presenciado los siglos, no tan solo por su universalidad, sino
tambien por la transformacion que produjo en las ideas y en los
afectos de los hombres. Desde los confines de Europa hasta las
casi ignoradas regiones del Asia meridional resonó la humilde
voz del que en medio del estrépito del siglo y del resplandor de
la grandeza humana, decia que su reino no era de este mundo,
que la gloria, las riquezas, el poder, los placeres y la felicidad
de la vida terrestre, son una vana figura, que prometia á los
hombres la bienaventuranza, exigiéndoles en precio de ella la
práctica de virtudes repugnantes á su corrompido corazon, a-
consejándoles que fuesen perfectos y que se despojasen de la vie-
ja vestidura, ésto es, de la carne inficionada por el pecado de
Adan, para adornarse con el nuevo traje, con la carne del hom-
bre glorioso y celestial, regenerado por el sacrificio dela cruz. La
conversion del mundo se verificó, los hombres se perfeccionaron,

la humanidad se elevó á un grado increíble de grandeza, y al mismo tiempo de cultura; porque á pesar del estruendo mundano y de la resistencia de las pasiones, la voz del humilde hebreo fué escuchada con religiosa admiracion, penetró en lo íntimo de los corazones mas corrompidos; y convertidos éstos, se pusieron en práctica desde entonces las mas eminentes virtudes; el amor de Dios, la caridad para con el prógimo, no por estímulos materiales, no por razones de interés individual, ni por respetos humanos externos, sino por un afecto interior nacido de la conciencia. ¿ Cuáles no debian ser las consecuencias de esta transformacion maravillosa, de esta disposicion de los espíritus?

Examinad las primeras asociaciones cristianas, y las veréis formando una hermandad estrechamente unida, en la que se guardaban los respetos debidos á la edad, al sexo, al parentesco, á la gerarquía, pero sin degradar al hombre por mas humilde y desvalido que fuese; una hermandad en la que todos los bienes eran comunes, y en la que cada uno se hallaba dispuesto á sacrificar hasta la existencia por la salvacion del hermano y del prógimo, dando testimonio del mas entrañable amor y de la mas ardiente caridad; una hermandad, por último, en la que se advierte el inaudito prodigio de que los asociados padecian persecuciones terribles, pero sin que se debilitase su fé; se les veía atribulados, pero gozosos; estenuados por el ayuno, la mortificacion y los tormentos, pero fuertes; despreciados y escarnecidos, pero sin perder su dignidad; dóciles y sumisos, pero resistiendo la tiranía con increíble firmeza; destituidos de poder material, pero permaneciendo firmes, y propagándose rápidamente hasta tal punto que en breve tiempo se esparció su fé por todos los ángulos de la tierra, y fué abrazada por los sabios, por los ignorantes, por los poderosos, por los desvalidos, por las potestades del siglo, y por los que gemian bajo el peso de su despó-

tica autoridad. Entonces, penetrados los reyes de que su poder era dimanado de Dios, y de que gobernaban en su nombre, lo ejercieron con equidad y justicia, los legisladores establecieron leyes justas, aplicándolas los magistrados con imparcialidad y templanza, los súbditos, acatando el divino precepto que les ordenaba la sumision á las potestades de la tierra, les prestaron respetuosa obediencia, la esclavitud, esa mancha afrentosa y degradante de la especie humana, desapareció, recobrando el hombre la dignidad de su escelso origen. De aqui proceden, y no de otra causa, los progresos extraordinarios que en la era cristiana se han verificado en las artes, en la política, en la legislación y en los ramos todos del saber humano; pues el cristianismo inspirando á los hombres la idea de la igualdad y la del libre alvedrío, fortificó su espíritu, alentándolo para acometer empresas gigantescas, y para concebir los pensamientos mas sublimes, é inflamando su corazon con el fuego del amor de Dios y de la caridad lo preparó para las acciones heroicas.

Yo no creo necesario detenerme en describir el cuadro grandioso de la civilizacion cristiana, porque éste no es asunto pasado, sino presente, ni es un espectáculo que sea preciso traer á la memoria, sino que se vé y se palpa, sin mas que echar una ojeada por las naciones cristianas de Europa comparándolas con las que siguen otras religiones. ¿Qué nos dice, qué nos demuestra esta comparacion? Que las primeras por la sabiduría y templanza de sus gobiernos, por la equidad de sus leyes y constituciones, por la dulzura de sus costumbres, por el desarrollo de sus riquezas, por el adelanto de las artes, por el cultivo y perfeccion de las ciencias, por la paz, orden y justicia que en ellas reinan, son unos estados cultos y felices en cuanto es dable serlo en el mundo; y que los segundos son reinos débiles, semi-salvages é infortunados, donde el hombre no

goza los bienes inestimables que nacen de la sociedad.

Desde que el cristianismo penetró en la culta Europa, se disiparon las tinieblas de la ignorancia en que estaba sumergida esta parte del mundo por efecto de la irrupción de los bárbaros, y con sus máximas eminentemente civilizadoras, con los esfuerzos de los monges consagrados á las prácticas piadosas y al cultivo del entendimiento desde el encierro de sus claustros, con los escritos de los misioneros y de los padres de la iglesia, con las discusiones públicas y libres de los concilios, empezaron á difundirse los estudios morales: siguieron á éstos primeros adelantos los de la retórica é historia por la necesidad en que los defensores de la religion se vieron de instruirse para combatir las heregías; y una vez dado el impulso, una vez saboreado el gusto de las ciencias, continuaron éstas dando frutos sazonados y abundantes hasta el punto de formarse escuelas que abrazaban todos los ramos del saber á egemplo de las de la antigüedad; pero sin apartarse del espíritu cristiano que les dió la existencia, como fueron la de santo Tomás, Escoto y otras, cuya referencia ofenderia la ilustracion de mis oyentes. Esto mismo sucedió con las artes, pues el espíritu religioso, empezó á difundirlas con la edificacion de los templos, de donde se extendieron á la pintura y escultura, á causa del culto de las imágenes y del ornato de las iglesias.

Todo cuanto en la moderna Europa y en las naciones cristianas han progresado la cultura y el saber, todos los adelantos verificados desde el establecimiento del cristianismo, se debe á la influencia benéfica de esta religion esencialmente civilizadora. A ella es deudor el mundo de sus primeros pasos en la comunicacion de los pueblos, pues sin las peregrinaciones de los devotos penitentes, que contritos y arrepentidos, caminaban á la tierra santa para espiar sus culpas con los trabajos de un

largo y peligroso viaje, sin las expediciones posteriores de los cruzados, que movidos por un sentimiento religioso, se dispusieron á sacrificar sus vidas para arrebatarse la Palestina á los mahometanos, no se hubiera establecido entre el Oriente y Occidente ese cambio recíproco de producciones, ese estenso campo de negocios, de actividad y de relaciones que proporcionaron á las ciudades de Italia, y principalmente á Venecia, Nápoles, Génova y Pisa sus inmensas riquezas, su poderosa marina y su situacion floreciente, que despues perdieron, pero que se transmitió á otros pueblos de Europa. Sin ese espíritu tampoco se hubiera logrado el importante descubrimiento de la América, ni el de las numerosas islas de la Oceania, como quiera que el desinteresado intento de propagar el evangelio en estas ignoradas regiones, fué lo que movió mas poderosamente á sus heróicos conquistadores á arrostrar inauditos peligros para someterlas á la dominacion de la Europa.

Bien sé que este espíritu único móvil de tantas virtudes, de tan grandiosas concepciones, de tan aventuradas empresas, este espíritu alma de las obras sublimes de Fray Luis de Leon, de los vigorosos pensamientos de Jorge Manrique, de Fray Luis de Granada, de Bossuet, de Fenelón, Massillon y de los grandes genios del cristianismo, ese espíritu que produjo los cuadros magníficos de Rafaél, de Murillo, de Rivera y de otros artistas consumados, se disipó enteramente y fué reemplazado por el mas grosero materialismo propagado en un siglo de triste recuerdo muy cercano á nuestros dias, en el cual se estendieron con lamentable rapidéz doctrinas disolventes y anti-sociales; pues se combatieron de frente con nunca vista osadía las máximas del cristianismo, se desconoció la autoridad de la iglesia para decidir en las materias de fé, y el ateismo se vió ensalzado hasta por los que blasonaban de filosofos. Mas es-

te vértigo fatál y desconsolador cesó: pasaron los aciagos dias en que el cristianismo sufrió tan terribles pruebas como en los tiempos de Neron y de Domiciano, y la filosofia ha vuelto á entrar por la única senda segura, reconociendo las verdades de la fé revelada, y acatando la autoridad divina y la de la iglesia. Por eso vemos que renacen y adquieren nuevo vigor las ideas religiosas, que la iglesia cristiana se afirma y difunde, que las costumbres se mejoran, que los pueblos aun los mas bárbaros é ignorantes se civilizan á favor de la benéfica influencia que en todas partes egerce aquella iglesia santa con su poder espiritual é invisible, y que se salva la sociedad de la ruina inminente que la amenazaba. Nó, no perecerá la civilizacion cristiana como perecieron la egipcia, la pagana y todas las civilizaciones antiguas, porque no está fundada como éstas en las invenciones humanas, ni en los caprichos y estravíos de la razon, sino en las verdades eternas é invariables del autor de la naturaleza, y en la oferta infalible hecha á la iglesia de que subsistirá perpetuamente, oferta admirablemente cumplida hasta nuestros dias, y cuya puntual esactitud nos anuncian los sucesos presentes; pues todos se encaminan á estender, á consolidar, á arraigar y perfeccionar el catolicismo, único y sólido cimiento de la sociedad, y manantial inagotable de adelantos, de cultura y de felicidad para los hombres y para las naciones.

Al llegar aquí séame permitido dirigir mi voz á esa juventud estudiosa que me escucha, á esa juventud destinada para ser algun dia el consuelo y honra de sus familias, y el ornamento y gloria de su patria, á esa juventud á la que necesariamente habrán de confiarse las mas sagradas y elevadas funciones del sacerdocio, las mas importantes decisiones de la justicia, los mas esquisitos cuidados de la medicina, y el depósito de todas las demas ciencias á fin de que las transmitan sin me-

nos cabo á las generaciones que habrán de sucederla. Y á lo oís, **JÓVENES** apreciables, las ciencias, segun lo que acabo de decir, en todas las épocas que recuerda la historia fueron las directoras de los pueblos y de las naciones, las árbitras de su cultura y civilizacion, y las que consolidaron su felicidad, grandeza y ventura. A vosotros, ó mas bien á vuestra aplicacion y constante estudio, está reservada acaso la dicha de perfeccionarla, ó tal vez de engrandecerla por medio de aquellos descubrimientos que reserva en sí la naturaleza para darlos por premio al hombre estudioso que acude á sondéar reverentemente sus secretos. No os detengais en vuestra carrera, seguid constantes la senda principiada; y ella sin duda os llevará al fin de vuestros deseos: elementos teneis mas que suficientes para satisfacer vuestros anhelos, y como prueba de este aserto véd la solicitud maternal con que nuestra amada **REINA** y su **GOBIERNO** ni perdonan gasto, ni omiten diligencia, para proporcionaros cuantos medios se necesitan: á su ilustracion debeis esa eleccion de los sabios **GEFES** y **PROFESORES** que con tanto celo é interés os enseñan, y de los que siempre tendremos que aprender aun los que en honra nuestra nos contamos en su número. A su Real munificencia se deben esos costosos gabinetes que se ostentan en todas las universidades del reino, esos premios que veréis repartir entre los mas sobresalientes de vuestros condiscípulos, dados no tanto para remunerar su mérito, cuanto para que os sirvan de estímulo y aspiréis como ellos á merecerlos. Sería árdua taréa si os hubiera de espresar todos y cada uno de los muchos beneficios dispensados por S. M. y su Gobierno en pro de la enseñanza, y de los que somos deudores asi los profesores como los discípulos. No dudo pues, que en agradecimiento de tanto favor llenaréis vuestros debéres dando puntual observancia á el reglamento vigente. Espero tambien que

seréis rígidos en la observancia de la disciplina escolar tan indispensable para sostener el régimen de las escuelas, y el respeto que merecen vuestros catedráticos que se afanan porque lleguéis á adquirir una sólida instruccion. No dudeis jamás que á la virtud y á la ciencia estuvieron siempre reservados los primeros destinos del mundo.

He llegado ILUSTRÍSIMO SEÑOR, al término que me propuse. Quedan grabados en mi corazon sentimientos de profunda gratitud hácia la bondadosa atencion con que he sido escuchado, asi como de amargo disgusto por no haber podido contribuir á dar testimonio en este acto, de la justicia con que se conserva y estiende la fama del colegio gaditano de medicina en que cursé esta ciencia teniendo por maestros á distinguidos profesores de quienes ¡ ójala ! pudiera mostrarme digno discípulo. Reciban al menos una prueba de mi inolvidable afecto y acendrada gratitud en la ingenuidad con que manifiesto que lo poco que sé lo debo á sus desvelos é incesantes afanes.

He dicho.

serán rigidos en la observancia de la disciplina escolar, tan indispensable para sostener el régimen de las escuelas, y el respeto que merecen nuestros catechistas que se otorgan porque dignos a adquirir una sólida instrucción. No dudes jamás que a la virtud y a la ciencia estarán siempre reservados los primeros lugares del mundo.

He llegado, ilustrísimo señor, al término que me propongo. Quedan grabados en mi corazón sentimientos de profunda gratitud hacia la bondadosa atención con que me ha escuchado, así como de amargo disgusto por no haber podido contribuir a dar testimonio en este acto de la justicia con que se conserva y estimula la fama del colegio gratuito de medicina en que cursa esta ciencia leyendo por maestros a distinguidos profesores de ciencias y artes. ¿Qué! pudiera mostrarme digno discípulo. Hecho al menos una prueba de mi inextinguible afecto y agradecida gratitud en la ingenuidad con que manifesté que poco que se le debo a sus desvelos e incansables afanes.

Deo gratio.